

X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 2005.

Racialidad, colonialismo y arqueología en el siglo XIX.

Susana B. Murphy.

Cita:

Susana B. Murphy (2005). *Racialidad, colonialismo y arqueología en el siglo XIX*. X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-006/612>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

RACIALIDAD, COLONIALISMO Y ARQUEOLOGIA EN EL SIGLO XIX

Susana B. Murphy

UBA-UNLu

Los indicios del imperialismo y colonialismo europeo del siglo XIX tienen entre sus antecedentes la expansión y dominación continental de Napoleón Bonaparte sin embargo la coronación de la gloria napoleónica sería el avance hacia el Este, cuando emprendió la conquista de Egipto que quedó documentada en la obra *Campagnes d' Egypte et de Syrie 1798-1799*, dictada por Napoleón a uno de sus generales. ¿Por qué Egipto? ¿Cuáles eran las razones que impulsaron esta conquista?

La historiografía clásica, -Plutarco, Flavio Arriano y otros-, había impuesto una figura paradigmática, Alejandro Magno, a quien en sus escritos se lo presenta como un estratega militar brillante, conquistador de Oriente y Occidente. La construcción de este mito se plasmó, en momentos coyunturales, por ejemplo, la expansión y conquista de Roma llevada a cabo por César, o los inicios de la era augustal. En consecuencia es posible establecer una comparación entre ambos estrategas. ¿Acaso Napoleón no intentaba identificarse con el modelo alejandrino?. En este sentido, se tiene conocimiento de las lecturas realizadas por Napoleón sobre la *Histoire des arabes* de Marigny, y particularmente el *Voyage en Egypte et en Syrie* del conde de Volney, lo que seguramente alimentó su atracción y fantasía referidas a Oriente, y en el transcurso de los años logró realizar un sueño, que fue la conquista de Egipto, resignificando así las glorias del pasado alejandrino mediante la unión de Oriente-Occidente.

La era del imperio que define al siglo XIX tuvo como protagonistas destacados a Francia e Inglaterra y, en menor medida, a Alemania, Bélgica, Holanda, España, Portugal, Rusia. La expansión inglesa penetró en Asia, sobre todo en India. Francia; por su parte, se estableció en Africa del Norte, con centro en Túnez y al mismo tiempo emprendió expediciones en el sudeste de Asia, para fortalecer las bases de su imperio.

El surgimiento del nacionalismo oficial europeo se vio favorecido por la industrialización, la modernización de los medios de comunicación. Así nació una nueva organización -el estado Nación-, cuya práctica política y moral se basó en la idea de progreso y el auge del capitalismo (Anderson, 1991: 46). El objetivo de la empresa colonial e imperialista europea estuvo ligada a la obtención de materias primas, la búsqueda de nuevas fuentes de energía, y la promoción y ampliación de los mercados, gracias al desarrollo del barco a vapor y de los ferrocarriles, lo que permitió una

disminución de las tarifas de transporte. Se promovió además la inversión en empresas. Todo ello aceleró el progreso industrial europeo.

A la nueva práctica política y económica se anexa otro importante campo de la actividad humana, la cultura. En el curso del siglo XIX se produjo una revolución lexicográfica y filológica que tuvo su origen en el naciente nacionalismo europeo sobre la base de las ideas del romanticismo herderiano, la exaltación del racismo y la nación, la obsesión por la lengua y la expresión hablada, como manifestaciones del genio y sentir de un pueblo, a lo que se añadía el desarrollo y la admiración por la lingüística indoeuropea. Es notoria la influencia y postura eurocéntrica de Montesquieu y Rousseau, que sostenían que la virtud y la capacidad política de un pueblo dependían del clima y la geografía, por lo tanto, Europa era un continente “científico” y “progresista” por las bondades de su clima templado (Bernal, 1993: 199-200). Se impone así un “nacionalismo lingüístico” que se manifiesta en la elaboración de diccionarios monolingües y posteriormente bilingües, integrados por lenguas con un *status* común, que ponen en evidencia la realidad política cultural y el interés por combatir los estados dinásticos y sus lenguas de prestigio como el francés parisino, el alemán, el inglés (Anderson: 1991: 78-79). El dominio político, económico y cultural europeo en Oriente promovió en la metrópoli francesa la apertura de nuevas escuelas e institutos, consagrados a los estudios semíticos y a la enseñanza del árabe, lengua indispensable para afirmar la conquista de Egipto en la etapa napoleónica, y para el dominio de Argelia, campaña que se emprendió en 1830. Se fundaron la *École de Langues Orientales Vivantes*, la *Société Asiatique*, bajo la dirección del romántico Silvestre de Sacy, pionero arabista que legó obras fundamentales como *Principes de grammaire générale* y los volúmenes de la *Chrestomathie arabe* (Said, 1990: 157-164). Los estudios filológicos semíticos fueron realizados por el semitista Renan en la *Histoire générale et système comparé des langues sémitiques*, en la que afirmaba que existían razones de índole lingüística y geográficas para explicar la incapacidad de ciertos pueblos; así la lengua semítica desconoce la abstracción por lo que la metafísica es imposible, y agrega que al vivir en zonas desérticas y calurosas, sus habitantes eran sujetos simples y fanáticos. Mediante el instrumento de la comparación, Renan sostiene que: la lengua indoeuropea es una “norma viva y orgánica” mientras que la lengua semítica es “inorgánica” y “no regenerativa”. La comparación la realizó tomando como patrón la relación entre la lingüística y la biología (Anderson, 1991:170), lo que denota los rasgos de racialidad cuyo fundamento lo aporta la filología y la etnología en tanto ciencias que establecen las diferencias acerca de las razas. Renan consideró que sólo los representantes de la raza blanca construyeron la civilización mundial, “los judíos, sirios, árabes...desempeñaron su papel como parte integrante de la gran raza perfectible; lo cual no puede decirse de la raza negra...tártara...china”. A estos últimos los consideró una civilización

aparte.(Todorov, 1991: 135) lo que pondría en evidencia la desigualdad entre los hombres. En su obra, *La réforme intellectuelle et Morale de la France* justificó el dominio colonial en el nombre de la superioridad. Textualmente señaló: “La conquista de un país de raza inferior hecha por uno de raza superior que se establece en él para gobernarlo, nada tiene de chocante”(Todorov, 1991:138). Ello pone en evidencia la función del Estado en el siglo XIX ,“protector de la pureza de la raza”, cuyo fundamento es el racismo biológico y centralizado (Foucault, 2000:67-81). El enfoque culturalista enmascara la alteridad, privilegia un lenguaje segregacionista y se niegan los derechos del “otro” y el respeto por las diferencias ,en beneficio del juego de la represión y exclusión, para así consolidar “los circuitos reservados del saber” que operan en el interior de la institución estatal dominante (Foucault, 1992:34).

En la época existía un profundo desconocimiento de las tradiciones historiográficas orientales, promovido por la dominación colonial europea; y la idea de progreso condujo en parte a la negación de la historia de estos pueblos o a una nueva representación histórica bajo las pautas de la mirada occidental. En 1926 el misionero británico Edward Thompson, en su libro *The Other Side of the Medal*, expuso críticamente la política colonial británica implementada en India y la consecuente negación de su historia, o bien la tergiversación de los hechos acaecidos (Said, 2001:64-65).

El conocimiento de la historia de las regiones conquistadas en el Oriente afroasiático era limitado el pasado de las “antiguas” civilizaciones mesopotámicas (asiria-neobabilónica) se conservaba fragmentado en las fuentes clásicas y en los libros bíblicos de Reyes, Esdrás y Nehemías.

Herodoto, siglo V a.C, en su obra *Los Nueve Libros de la Historia*, tuvo por objetivo central, “evitar que los hechos de los hombres se borren y dejen de ser relatados”. Los cuatro primeros libros ofrecen una visión del mundo conocido para la época; los *lógoi* refieren a las formas de vida, costumbres, tradiciones de los “otros”, los bárbaros, los que no hablan griego. Su discurso histórico parte de la alteridad, mediante el distanciamiento del otro, (*muthos*), con el fin de que la historia de los griegos sea más creíble. Así narró sus impresiones sobre los babilonios, asirios y su estancia en Babilonia (Hartog, 2003: 25,155,300); su retórica se despliega entre el “yo vi” y el “yo oí”, es el testimonio ocular el que prima, y el oído del público y las sucesivas inversiones para lograr transcribir la alteridad. En la etapa helenística, Beroso, sacerdote babilonio, escribió en griego la obra *Babiloniaca* en la que registró a lo largo de tres volúmenes la historia de Babilonia. Por su parte Estrabón, geógrafo, entre el siglo I a.C.y el siglo I d.C., en un pasaje de su *Geografía*, relató el abandono y el ruinoso estado en que se hallaba la ciudad de Babilonia. Los testimonios se interrumpen, y a lo largo de un milenio la historia de estas civilizaciones, las ruinas de sus ciudades, palacios y monumentos quedarán enterrados bajo el polvo y un olvido latente.

Los relatos bíblicos familiares entre la población cristiana, judía, contienen una rica información sobre la Torre de Babel y la ciudad de Babilonia. En el siglo XIX se consideraba que la localización del Jardín del Edén estaba situada en la Mesopotamia entre los ríos Eufrates y Tigris; en el libro bíblico de II Reyes, se conserva la memoria de la dominación asiria de la ciudad principal del reino de Israel, Samaria; y el ataque, destrucción y deportación de población realizada por el rey babilónico Nabucodonosor en Jerusalen. A su vez en los libros de Esdrás y Nehemías se alude al Edicto de Ciro en favor de los judíos deportados por los asirios y neobabilónicos a Persia.

Las huellas de la memoria de la historia de Mesopotamia en Occidente la retoma en el siglo XII el rabí Benjamín de Tudela, al realizar una peregrinación a la región del Tigris y el Eufrates sobre la base de los datos que ofrece la Biblia. Posteriormente escribió un relato en el que condensó sus impresiones, acertadas unas, y equívocas otras, pese a lo cual reconocemos el valor de su aporte en tanto que recobró el hilo de Ariadna en torno a la historia de ese Oriente distante y desconocido.

Entre los siglos XVIII y XIX se despertará un verdadero interés por estas regiones. Los relatos de viajeros, mercaderes y diplomáticos describieron las diferencias, con una mirada occidental, y se incorpora un nuevo tipo de viajero: el literato. El surgimiento de un nuevo género, la novela, y en particular la “colonial”, promueve la búsqueda de material exótico. El viaje tiene la particularidad de combinar el movimiento y la mirada; las imágenes que se transmiten en los relatos testimonian la realidad y el éxtasis que provoca ver esos monumentos enigmáticos, las ruinas de las ciudades, los templos vacíos, que a su vez se mezclan con las anécdotas sobre lo desconocido. Estas narraciones de los viajeros se ubican espacialmente en la escena del no-lugar y su relación con el “otro”, ese “otro” que en la escenificación del relato, es espectacularizado (Augé, 1994: 104-107). La alteridad se develó al penetrar en el espacio oriental y hallar una geografía distinta, espacios extraños, algunos habitados y otros desérticos, atravesar caminos escabrosos y tal vez peligrosos, lugares desconocidos y mágicos para los ojos europeos. Así se eslabonaron sucesivas preguntas, ¿quiénes habrán sido esos “otros” que ya no están?, ¿que dioses habitaban en ese mundo?. Estos interrogantes provocaron en algunos casos deslumbramiento, y en otros temor al exotismo y lejanía. Esa visión heterogénea fue la que se transmitió a una Europa imperialista y colonial. Este movimiento de expansión colonial y cultural propició grandes rivalidades entre las potencias francesa e inglesa entre 1870 y 1914 en todos los ámbitos (Brailard y Senarcles, 1989: 21-25).

D.K.Fieldhouse, sostuvo en su obra *The Colonial Empires: A Comparative Survey from the Eighteenth Century* que : “la base de la autoridad imperial, residía en la actitud mental del colonizado. Su aceptación de la subordinación –ya a través del sentimiento positivo del interés común con el estado padre, ya a través de su imposibilidad de concebir otra alternativa- hizo que el imperio durara”(Said,

1996:46). Fue fundamental la idea de que el *imperium* debía ser aceptado por la población nativa dada su inferioridad, atraso y posición desventajosa.

Como puede observarse, la construcción de las formas de representación actuales están articuladas con las antiguas. Curiosamente, también la cartografía admite elementos insospechados; en ella llegan a introducirse hasta connotaciones míticas al considerar la frontera Oriente-Occidente (Murphy, 2003:); es así que la geografía, el espacio y el territorio dominado por los estados europeos es percibida como un saber estratégico, al igual que la cartografía y la documentación oficial que da una representación precisa del país y, en consecuencia, está reservada a la minoría dirigente para que se pueda ejercer el poder eficazmente (Lacoste, 1985:25-28).

El análisis de las categorías censales presenta para la época un marcado carácter racial, y gradualmente la identidad religiosa decreció en esa etapa; los mapas europeos al igual que los censos se diseñaron sobre la base de la manipulación de las fronteras reales y una imagen totalizadora de clasificación.

Los descubrimientos arqueológicos en la Mesopotamia fueron realizados por los funcionarios del estado colonial, (el cónsul de Francia en Mosul, E. Botta y A.H. Layard, funcionario colonial inglés, quien realizó excavaciones arqueológicas en Nimrud), o bien por individuos procedentes de campos y actividades distintas. No eran precisamente arqueólogos formados en un ámbito académico, aunque por lo general este grupo tenía un conocimiento preciso de la Biblia y de la historia clásica. Como sostiene Bruce Trigger, en el siglo XIX los estudiosos que se dedicaban a la arqueología se formaban en ciencias físicas y biológicas, y existía una preocupación lógica en torno a los orígenes de la humanidad que se debatía entre el relato de creación del Génesis bíblico y el pensamiento evolucionista (Trigger, 1992: 26-27). ¿Quiénes estaban interesados en subsidiar las excavaciones arqueológicas? Los recursos financieros en el siglo XIX los proveen las instituciones pertenecientes al estado imperial para justificar el ejercicio del poder colonial. Al mismo tiempo se atrae a un público intelectual y, se enriquecen las metrópolis y sus museos, a los que se destinan todo tipo de artefacto arqueológico, tablillas, estelas, monumentos, (Anderson, 1991:163-186).

Las excavaciones arqueológicas y los hallazgos realizados en Mesopotamia tienen un claro antecedente en Claudius Rich, inglés, que residió en Bagdad entre los años 1808-1821. En Mosul exploró las ruinas de la ciudad de Nínive, uno de los centros más importantes de la civilización asiria, y descubrió un bajorrelieve con representaciones de hombres y animales que cubrían una piedra del tamaño de la altura de dos hombres. Rich hizo que se cortara en pedazos, y se cree que los pequeños fragmentos enviados a Londres habrían sido parte de la escultura hallada en Nínive, junto un mapa de Babilonia. Todo ello se concentró y pasó a ser patrimonio del British Museum; de esta manera se

inauguró la colección mesopotámica, que se iría acrecentando con nuevas excavaciones hasta convertirse en el centro más importante de preservación de la cultura de la Mesopotamia en la actualidad (Reade,1994:5), cuando mediante exposiciones, libros, manuales escolares, documentales, colecciones de diapositivas, difusión en televisión de la riqueza extraída de las excavaciones, no se hace sino más que resignificar las glorias del pasado colonial.

La organización de las excavaciones realizadas por los mencionados Emile Botta en Mosul, y las del funcionario inglés, Austen Henry Layard en Nínive, reflejan el desequilibrio de las relaciones de poder entre las distintas culturas. La impronta de la política nacionalista e imperialista del siglo XIX se manifiesta en el envío de los principales hallazgos a las metrópolis sin consultar previamente a los gobiernos locales. Las actividades arqueológicas realizadas por Botta y Layard fijaron el modelo imperialista y fueron apoyadas por los patrocinantes oficiales, Stratford Canning (Inglaterra) y Jules Mohl, (Francia). Las excavaciones se llevaron a cabo secretamente y no hubo intervención ni autorización del gobierno local, lo que ilustra el dominio europeo por sobre las autoridades locales. Esta política se refleja en los escritos de Mohl a raíz de los descubrimientos asirios cuando señaló, “El momento más favorable para la exploración de un país es cuando se hace accesible por primera vez, y esto es así hoy en gran parte del Oriente; lo que sorprende es el terror casi supersticioso después de su contacto con Europa”.

Al comparar las prácticas imperiales inglesas y francesas en los dominios coloniales se establecen diferencias que devienen lógicamente de historias socio-culturales específicas, y es preciso comprenderlas para entender las distintas visiones y reacciones ante la presentación de las colecciones del arte asirio en el Museo del Louvre, en Francia y en el British Museum, en Inglaterra. El elemento análogo que surge de la comparación es la impronta “nacional” que se asignó a los descubrimientos. En Francia el acceso a la muestra estuvo restringido a la élite como evoca E. Zola en su novela *L'Asommoir*, “... Las parejas avanzan despaciosamente, ...parpadean y tapan sus ojos, entre los colosos de piedra, los dioses de mármol negro, mudos, rígido, hieráticos y las bestias monstruosas mitad mujer y mitad gato, con rostros de muerte, narices encogidas y labios hinchados...” el fragmento permite evocar la relación desfavorable que se manifestó entre el público y las antigüedades exhibidas. La muestra de A. H. Layard en Inglaterra provocó una sensación distinta; mediante la palabra y las ilustraciones reveló a la sociedad británica el pasado asirio, la literatura a través del género novelístico reflejó el impacto de los descubrimientos. Thomas Hardy con su novela *The Hand of Ethelberta*, pone en boca de la protagonista, Faith, la impresión que causó la exposición en el público la colección de arte perteneciente a la ciudad de Nínive, señala que : “estaba en Nínive y caminaba entre las ruinas”, lo que devela la fascinación ante los hallazgos. La revista *Household Words* publicada por Charles Dickens (1851),cuya orientación tenía un carácter popular, dramatizó en uno de

sus números la autobiografía del Toro de Nínive; una de las frases dice: “Yo soy el Toro de Nínive...mi memoria es como las figuras en la bruma de la mañana” Las imágenes ocupaban un lugar central en las construcciones mesopotámicas; ellas conservan la memoria del pasado-presente para que se transmita el recuerdo a las futuras generaciones proceso mnemotécnico visual que tiene un significativo valor historiográfico (Bonatz,2001:65) A ello se suma la escritura grabada en las paredes de los palacios y en las estatuas de los colosos que contienen información sobre los sucesivos reinados (Russell,1999:1).

En el siglo XIX, la memoria se resignifica al instalarse el coloso en el British Museum. En este caso la imagen se asocia con el poder colonial inglés y la transmisión de la gloria y el éxito a las generaciones siguientes y al mismo tiempo se equipara con la actitud y la visión imperial del público inglés frente al “otro”. En otros de los fragmentos de la autobiografía nuevamente se resalta el poder imperial inglés al compararlo con el poder del pasado asirio, (...) Estoy lejos de mi casa que fue violada, en una ciudad orgullosa, grande y más gloriosa que mi espacio nativo” (Bohrer, 2001: 55-63). Sin embargo los fantásticos dibujos de la reconstrucción de Asiria que a menudo acompañan la descripción de la actividad arqueológica no tenían nada que ver con la realidad de ese pasado, esa representación romántica produjo en el siglo XIX la “invención de Asiria” (Bahrani, 2001:15). Las imágenes recreadas se expusieron en el Palacio de Cristal con motivo de la *Gran Exhibición* que se realizó en Inglaterra. Los franceses realizaron *La Exposición Internacional de París*, muestra en la que se expresaba el etnocentrismo francés y el ejercicio del poder colonial en Cercano Oriente afroasiático, bajo el lema de “paz, trabajo, agricultura, comercio e industria”(Said, 1996:198-1999). Las representaciones son un elemento esencial de la comunicación humana; la representación pictórica encierra una dimensión visual, es un lenguaje subjetivo que se externaliza con el fin de llegar al público que las observa. Las exposiciones universales fueron la representación de la ideología “universalista” de la colonización y la manifestación de la misión civilizadora europea frente a la barbarie. Las representaciones están vinculadas a la estrategia geopolítica inglesa y a sus intereses en la Mesopotamia. Las antigüedades extraídas en las distintas excavaciones arqueológicas y la recreación visual mediante dibujos gozaron de importancia, en primer lugar en París, y más tardíamente en Berlín. La colección arqueológica y la instrumentación visual significaban el apogeo cultural logrado mediante la idea de progreso y la lucha contra la barbarie, lo que se manifestaba en la protección que se daba a la riqueza de los grandes descubrimientos arqueológicos, al resguardarlo en los principales museos europeos y al mismo tiempo se fundamentaba y justificaba una vez más el ejercicio del poder colonial.

Con respecto a la barbarie, es útil diferenciar los conceptos de salvaje y bárbaro; el hombre naturaleza es el salvaje, que vive en un estado de libertad absoluta y que fuera asimilado por Rousseau

a los animales; carece de historia y pasado, es el sujeto que sobrevive gracias al intercambio elemental y al trueque. Su adversario, el bárbaro, aquel que invade las fronteras del estado y domina, tiene una historia previa que es su relación con la civilización a la que ataca. La relación que diferencia al salvaje del bárbaro es el contacto con la civilización y la historia. (Foucault, 2000:179-181, Todorov, 1991:318-323), conceptos que se promovieron en el siglo XVIII y XIX y se instituyeron en fuentes legitimantes de dominación.

James Fergusson, arquitecto, se ocupó de la reconstrucción de plantas y estructuras de los edificios de la ciudad de Nimrud en las excavaciones dirigidas por Layard, con motivo de la publicación del libro *Monuments of Nineveh* en 1849 de este arqueólogo, ilustró la reconstrucción de Babilonia con una idílica acuarela, representación pictórica que según Bahrani es la expresión de una “historia invertida” (Bahrani, 2001:20). La acuarela realizada en el siglo XIX otorgaba una mayor autoridad histórica que lo que la arqueología efectivamente había descubierto. Paralelamente, el pintor John Martin, evocó los sucesos bíblicos como si fuesen dramas épicos, (“La caída de Babilonia”, “La caída de Nínive”); su rasgo característico es la exageración y dramatización. Al comparar a Fergusson y Martin es posible detectar elementos comunes: los dibujos del *ziggurat*, los palacios, los detalles arquitectónicos comparten una misma imagen en la que se combina la fantasía y la investigación científica de Oriente. El discurso visual expresa, al igual que el discurso oral y escrito las imágenes de fantasía, exotismo, magia e inferioridad de esa realidad que es Oriente vista por ojos europeos. Fergusson en su obra *The History of Architecture in all Countries* pone en evidencia las marcas del nacionalismo racial al adoptar el término de “arquitectura etnográfica” para referirse a determinadas construcciones. Las formas se asocian y dividen de acuerdo a las razas de los constructores, sean arios o semitas: la técnica está determinada por el espíritu de la raza. Los estilos híbridos son producto de razas que se han degenerado (Bahrani, 2001: 22-23). Los antecedentes de raza, racialidad y racismo atraviesan el pensamiento del siglo XIX se manifiestan en todos los ámbitos de la cultura y la política es así que en el nombre del progreso y la cultura se cometieron usurpaciones, saqueos, robos, apropiaciones, sustentado todo ello por la marcación de la diferencia, es decir la dicotomía racial y la inferioridad. El concepto de racialismo comprende la doctrina europea, en que se asocia la biología a la cultura, mientras que el vocablo racismo denota una forma de comportamiento y es así como la categoría semita se asimiló a raza. Como señalamos estas ideas marcan una historia que tiene su apogeo e influencia en el pensamiento europeo del siglo XIX, perdura en el siglo XX y se manifiesta violentamente con el nazismo, y el profundo antisemitismo que culminó en el Holocausto.

Lamentablemente esa realidad de discriminación cultural y racial se mantiene hasta la actualidad y se oculta bajo la faz de un proceso de integración. Por lo tanto, los modernos vocablos “etnocidio” y “genocidio” que expresan el horror, la aculturación y la muerte, ya tenían antecedentes silenciosos en la

historia de la exclusión, deportaciones, destierro, matanzas, o la adopción de formas maniqueas como fue la de dotar a las poblaciones sometidas de estatutos especiales con el objeto de privarlos de sus derechos políticos, de participación y formas de expresión, bajo el disfraz de la integración, práctica implementada por el mundo colonial europeo del siglo XIX (Karsz,2004:65-66) y que en la actualidad se resignifica mediante el vocablo “democracia” para justificar la guerra, el dominio, el saqueo.

BIBLIOGRAFIA

- Anderson, B. 2001, “¿Nacionalismo asiático? en , **New Left Review**, 3, Madrid, Akal.
- Anderson, B., 1991, **Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism**, London-New York, Verso.
- Augé, M. 1994, **El sentido de los otros. Actualidad de la Antropología**, Barcelona, Paidós.
- Bahrani, Z. “History in Reverse: Archaeological Illustration and the Invention of Assyria” in T. Abush, Beaulieu, P.A, Huehnergard, J., Machinist, P., Steinkeller, P. (eds) 2001 **Historiography in the Cuneiform World**, Bethesda-Maryland, CDL Press.
- Bahrani, Z. 2003 **The Graven Image. Representation in Babylonia and Assyria**, University of Pennsylvania Press.
- Bernal, M. 1993, **Atenea Negras. Las raíces afroasiáticas de la civilización clásica**, Barcelona, Crítica.
- Bohrer, F.N “Layard and Botta: Archaeology, Imperialism, and Aesthetics” in Abush, T. , Beaulieu, P.A. Huehnergard, J., Machinist, P., Steinkeller, P. (eds), 2001, **Historiography in the Cuneiform World**, Bethesda-Maryland, CDL Press, 2001
- Bonatz, D. “Mnemohistory in Syro-Hittite Iconography” in Abush, T., Beaulieu, P.A, Huehnergard, J. Machinist, P. Steinkeller, P. (eds) 2001 **Historiography in the Cuneiform World**, Bethesda-Maryland, CDL Press.
- Braillard, Ph. y Senarclès de, P. 1989, **El imperialismo**, México.
- Foucault, M., 2000, **Defender la sociedad**, Buenos Aires, FCE.
- Foucault, M. 1992, **Microfísica del poder**, Madrid, La Piqueta, 3ra.ed..
- Goody, J. 1999, **Representaciones y contradicciones. La ambivalencia hacia las imágenes, el teatro, la ficción, las reliquias y la sexualidad**, Barcelona, Paidós.
- Grimal, N. 1996, **Historia del Antiguo Egipto**, Madrid, Akal.
- Hartog, F. 2003, **El espejo de Herodoto. Ensayo sobre la representación del otro**, México, FCE.
- Karsz, S. (comp.), 2004, **La exclusión: bordeando sus fronteras. Definiciones y matices**, Barcelona, Gedisa, 2004
- Lacoste, Y., 1985, **La géographie ca sert, d’abord, á faire la guerre**, Paris, La Découverte.
- Murphy, S., 2003 “Un estigma historiográfico: la construcción intelectual de Oriente-Occidente”, **Análisis de las Prácticas Genocidas**, Congreso Internacional de Genocidio, Facultad de Derecho, UBA, publicado en formato CDROM.
- Russell, J.M 1999 **The Writing on the Wall. Studies in the Architectural Context of Late Assyrian Palace Inscriptions**, Winona Lake- Indiana, Eisenbrauns.
- Said, E. W., 1990, **Orientalismo**, Madrid, Prodhufi..
- Sauneron, S. 1971 **La Egiptología**, Barcelona, Oikos-tau.
- Said, E. W., 1996 **Cultura e imperialismo**, Barcelona, Anagrama.
- Said, E.W. 2001, **Crónicas Palestinas. Arabes e israelíes ante el nuevo milenio**, Barcelona, Grijalbo.
- Todorov, T. 1991, **Nosotros y los otros**, México, Siglo XXI.
- Trigger, B., 1992, **Historia del pensamiento arqueológico**, Barcelona, Crítica.